

# 1. Platón y el conflicto con la poesía

## 1.1. LA PRESENCIA DE LOS POETAS EN LA VIDA DE LA POLIS

En el libro III de *Vidas y opiniones de los filósofos ilustres*, Diógenes Laercio afirma que «estando [Platón] a punto de presentarse a un certamen con una tragedia suya, ante el teatro de Dionisio, tras haber escuchado a Sócrates, quemó sus poemas diciendo: «Acude, oh Hefesto, aquí, que Platón necesita tu auxilio».<sup>1</sup> Con esta breve pero elocuente anécdota, Diógenes Laercio nos informa de que Platón, al conocer a su maestro Sócrates, abandonó los versos para abrazar la filosofía, al tiempo que nos informa también de la polémica relación que, posteriormente, habría de establecerse entre el filósofo ateniense y los poetas de la tradición. Según afirma el propio Platón, la polémica entre la filosofía y la poesía no es algo novedoso ni exclusivo de su tiempo: en el libro X de la *República*, Sócrates afirma que «la poesía y la filosofía están en conflicto desde antiguo» (*Palaià mén tis diaphorà philosophíai kai poietikêi*, 607b). Sin duda, Platón tiene en mente a pensadores como Heráclito y Jenófanes, quienes, valiéndose de sus versos, lanzan críticas contra los más grandes poetas de la tradición,

<sup>1</sup> D. L., III, 5. Sigo la traducción de Bredlow (2010).

incluidos Homero y Hesíodo, admirados por su condición de educadores de los griegos. Así, en un célebre fragmento de Heráclito<sup>2</sup> leemos que «Homero merecía que lo expulsaran de los certámenes y que lo apalearan, y Arquíloco otro tanto» (D. K. B 42), mientras que en otro fragmento afirma: «¡Maestros de los más Hesíodo! Creen que el que más sabe es él, que no conocía el día y la noche...» (D. K. B 57). Son bien conocidas, asimismo, las críticas dirigidas por Jenófanes a la imagen antropomórfica de los dioses difundidas por los poetas: «A los dioses les achacan Homero y Hesíodo todo aquello que entre los hombres es motivo de vergüenza y de reproche: robar, adulterar y engañarse unos a otros» (D. K. B 11).<sup>3</sup> El hecho de que Heráclito y Jenófanes, como también Pitágoras, Empédocles o Parménides, hayan utilizado recursos tradicionalmente considerados poéticos —la escritura en verso, el uso de metáforas, el empleo de vivas imágenes visuales o el uso de fórmulas mítico-religiosas— como vehículo de crítica contra los poetas explica el reproche, recogido por Sócrates en la *República*, que desde la poesía se lanzaba contra la filosofía, al tildarla, entre otras cosas, de «perra arisca que ladra a su dueño» (607b).<sup>4</sup> Desde la perspectiva que nos ofrece Platón, nada que añadir, por consiguiente, en lo que respecta a los mutuos celos entre filósofos y poetas.<sup>5</sup>

<sup>2</sup> Para los fragmentos de los filósofos presocráticos sigo la edición de Diels-Kranz (1985) y la traducción de Bernabé (2003).

<sup>3</sup> Otras críticas a los poetas o a su concepción de la divinidad se encuentran en Jenófanes, D. K. 21 B 1, 13-24, B 10 y B 12; Heráclito, D. K. 22 B 40, B 56 y B 104; Empédocles, 31 B 134; Pitágoras, fr. 42 Wehrli.

<sup>4</sup> Platón alude en numerosas ocasiones a las burlas lanzadas por los poetas cómicos contra los filósofos, especialmente contra Sócrates; cf. *Apología*, 19c; *Fedón*, 70b-c; *Fedro*, 269e-270a; *Cratilo*, 401b; *Político*, 299b-c; *Parménides*, 135d. Sobre la figura del intelectual en la comedia griega, cf. Imperio (1998).

<sup>5</sup> En todo caso, con respecto a la «querrela entre la poesía y la filosofía» de la que nos habla Platón, hay que señalar con fuerza que antes del gran desarrollo de la

Es interesante constatar, por otro lado, que tras la desaparición de Platón la disputa entre poesía y filosofía toma un aspecto mucho más amable, hecho aparentemente marginal, pero que revela tanto la magnitud de la «antigua disputa» como la dirección que ha tomado la solución de la misma.<sup>6</sup> En este senti-

prosa en el siglo V, no solo no hay filosofía como género opuesto a la poesía, sino que tampoco existe la poesía como género opuesto a la prosa. La prosa no nace en Grecia hasta el siglo V, de la mano de la historia, la retórica y la medicina, corrientes intelectuales que toman distancia de la poesía mítica en busca de un espacio propio mediante distintos recursos de autoridad. Como tendremos ocasión de comprobar, también Platón, utilizando la prosa de un modo especial, pretende situar la filosofía en un lugar privilegiado.

<sup>6</sup> Un ejemplo ilustrativo de ello lo encontramos en la actitud de Aristóteles. El Estagirita reconoce abiertamente en la *Poética* el valor catártico de la tragedia, lo que lo aleja del juicio platónico, y reconoce en la poesía cierto valor filosófico, como cuando al compararla con la historia afirma que «la poesía es más elevada y filosófica» (1451b5-6). Sin embargo, ello no debe esconder el hecho de que el filósofo asume con Platón la convicción de que con el discurso filosófico se inicia algo nuevo que, en gran medida, rompe con la tradición poética anterior. Ser consciente de este hecho es necesario si se desea percibir correctamente la magnitud y las razones de fondo del conflicto del que Platón nos está hablando. En este sentido, Aristóteles no duda en subrayar la diferente naturaleza de la poesía y la filosofía y en presentar la superioridad de esta sobre aquella en lugares clave de su obra. Ya en el capítulo primero de la propia *Poética* el filósofo afirma que «a los que exponen en verso algún tema de medicina o de física suelen llamarlos así [poetas]. Pero *nada en común hay entre Homero y Empédocles, excepto el verso*» (1477b17-19). (Trad. de García Yebra, 1992.) Y en la *Metafísica*, donde el Estagirita describe el origen y desarrollo de la filosofía a partir de los criterios por él mismo establecidos, afirma: «... consideramos que *esta* [la filosofía] *es la única ciencia libre*: solamente ella es, en efecto, su propio fin. Por ello cabría considerar con razón que el poseerla no es propio del hombre, [...] de modo que —según dice Simónides— *solo un dios tendría tal privilegio* [...] Pero ni la divinidad puede ser envidiosa, sino que, como dice el refrán, *los poetas dicen muchas mentiras [pòlla pseúdontai aoidof]*» (982b22-3a4). Y unos párrafos más adelante añade: «Tales, el introductor de este tipo de filosofía, dice que [el *arché*] es el agua [...] tomando esta idea posiblemente de que veía que el alimento de todos los seres es húmedo y que a partir de ello se genera lo caliente mismo y de ello vive (pues aquello a partir de lo cual se generan todas las cosas es el principio de todas ellas), tomando, pues, tal idea de esto, y también de que las semillas de todas las cosas son de naturaleza húmeda, y que el

do, parece que, después de Platón, la disputa entre la poesía y la filosofía ha llegado en buena medida a su fin, presumiblemente, con la separación de ambas y la victoria de la segunda como vehículo principal de transmisión de conocimiento en el espacio cultural griego. En esa victoria, la obra de Platón, bien provista de ataques dirigidos contra la poesía y sus más consagrados representantes, ha sido decisiva. Platón es, en efecto, el primer pensador que parece tomar plena conciencia de las consecuencias que puede acarrear la desmesurada presencia de manifestaciones poéticas en la polis, por constituir un eficaz vehículo transmisor de valores que en muchas ocasiones resultan perjudiciales. El diagnóstico en que se basan los temores de Platón es correcto: los poetas, en particular Homero y Hesíodo, pero también los líricos y, desde luego, los poetas trágicos y cómicos, constituyen el vehículo de la cultura en todas sus dimensiones, ejerciendo, de hecho, un verdadero monopolio en el sistema educativo griego, donde la mentalidad de los ciudadanos se modela en un amplio y complejo espacio poético nutrido de personajes, relatos e imágenes que son transmitidos oralmente en numerosas manifestaciones, tanto públicas como privadas, y que se extienden a lo largo de toda la vida del ciudadano; así, los niños aprenden a leer y son instruidos por sus nodrizas mediante la lectura y memorización de relatos homéricos; los jóvenes se introducen en la vida adulta a través de los simposios y heterías masculinas o a través de los tíasos femeninos, círculos cerrados

agua es, a su vez, el principio de la naturaleza de las cosas húmedas. Hay, por lo demás, quienes piensan que *también los más antiguos, los que teologizaron por primera vez [...] tuvieron una idea así acerca de la naturaleza: en efecto, hicieron progenitores de todas las cosas a Océano y Tetis, y que los dioses juran por el agua, la llamada Estigia por ellos [los poetas]*» (983b18-26). (Trad. de Calvo Martínez, 1994.) En estos pasajes, el Estagirita establece de un modo eficazísimo los criterios que van a definir la figura y la tarea del filósofo, a tiempo que aleja al poeta de los cometidos de aquel.

donde la poesía constituye un importante elemento de cohesión grupal; las representaciones dramáticas y los concursos rapsódicos constituyen, por su parte, verdaderos espectáculos de masas donde se establece un intenso vínculo emocional entre el poeta y el auditorio, de donde asimismo sale reforzada la unión del individuo con su comunidad y con su tradición.<sup>7</sup> Un importante testimonio literario que ilustra la presencia de los poetas

<sup>7</sup> Desde el ámbito de la sociología de la comunicación, Havelock (2002) trató de ilustrar la influencia que las antiguas prácticas de la oralidad poético-mimética pudieron tener en la conformación de la mentalidad griega de la época arcaica, y los cambios que trajo consigo el progresivo derrumbamiento de esas prácticas en favor de una nueva cultura predominantemente escrita. A juicio de Havelock, gracias a la irrupción de la escritura el lector pudo liberarse de la enorme carga emocional que conlleva la memorización del registro acústico, solo posible mediante la conformación de una sintaxis de imágenes y la creación de un nuevo lenguaje caracterizado por una sintaxis de conceptos. La obra de Havelock tiene el mérito de transmitir eficazmente la idea de que la obra de Platón debe ser leída en el contexto de la revolución que supuso la creciente presencia del texto escrito en el mundo griego de su época, pero erró al atribuir a la escritura un excesivo protagonismo en la explicación de la situación cultural griega de finales del siglo V, y erró también al tomar a Platón como el representante supremo de la nueva cultura escrita frente a la vieja cultura oral. En este sentido, cabe afirmar que la escritura no fue sino un factor más de cambio de mentalidad entre otros factores que se habían gestado dentro de una cultura de naturaleza oral; podemos añadir, a modo de ejemplo, que el discurso desarrollado por los pensadores jonios, eléatas y pitagóricos, de gran contenido abstracto, no se gestó en el seno de una cultura escrita, sino oral, lo que no impide que se tratara de una oralidad de naturaleza muy distinta de la poética. Por otro lado, Havelock obvió las críticas dirigidas por Platón a la escritura al final del *Fedro* y en la *Carta VII*, como obvió también el hecho significativo de que Sócrates, maestro de Platón, fuera un filósofo convencidamente ágrafo. La obra de Platón, finalmente, en modo alguno puede ser explicada a partir de su polémica con los poetas de tradición oral, sino más bien a partir de la polémica con todas las grandes corrientes intelectuales de su tiempo, corrientes, de hecho, vinculadas en muchas ocasiones a la escritura. Un documentado análisis crítico de las tesis de Havelock puede verse en los recientes trabajos de Reale (2001), Rodríguez Delgado (2009 y 2010). Sobre la presencia de la oralidad poética en la cultura griega arcaica y clásica merece ser destacado el ya clásico trabajo de Gentili (1996) quien, sin renunciar a los logros de Havelock, evita caer en sus errores.

en la sociedad ateniense lo encontramos en la comedia *Las ranas* de Aristófanes, autor contemporáneo de Platón y privilegiado testigo de los avatares de su ciudad. En esta obra, el comediógrafo ateniense pone en escena a los poetas trágicos Esquilo y Eurípides, quienes debaten sobre las aportaciones de los poetas a la sociedad. El personaje de Eurípides afirma que los poetas «hacemos mejores a los hombres en las ciudades» (*beltiouts te poioumen tous anthrópous en taís pólesin*, 1009-1010), a lo que Esquilo añade que los primeros poetas beneficiaron a la sociedad de diversos modos, pues «Orfeo nos enseñó los Misterios y a abstenernos de los homicidios, y Museo, la curación de las enfermedades y los oráculos, y Hesíodo el trabajo en el campo, las estaciones de los frutos y el arado, [...] y el divino Homero [...] nos enseñó las cosas más nobles: ejércitos ordenados, la virtud y el armamento de los varones» (véase 1029-1036).<sup>8</sup> El enorme prestigio de los poetas, particularmente de Homero, durante los períodos arcaico y clásico, fue bien descrito por Grote (1867: I, 455), quien escribió que

la mayoría de los hombres que tenían una opinión que defender, se jactaban de poder apoyarla o reforzarla por medio de algunos pasajes de Homero, bien o mal explicados. De este modo, Homero se puso al servicio de cada litigante, y los poemas homéricos se presentaron como conteniendo, aunque fuera de modo implícito, doctrinas bastante ajenas de la época en que fueron compuestas.

La idea de que los poetas han sido los educadores de los griegos es, por consiguiente, plenamente asumida por la mayoría

<sup>8</sup> Para la obra de Aristófanes sigo la edición de Macía Aparicio (1993). La importante presencia de los poetas en el ámbito de la educación griega es un hecho bien documentado en todas las épocas. El propio Platón lo ilustra en *Fedro*, 245a; *Protágoras*, 338e-339e, 325e-326a; *Leyes*, 810e-811a. Cf., también, en Homero, *Ilíada*, IX, 527; Píndaro, *Nemea*, VII, 12-16 o Jenofonte, *Banquete*, III, 5.

de los griegos de finales del siglo V, y una idea con la que el joven Platón tuvo que convivir durante su período de formación. Contra esta opinión generalizada y contra la forma de cultura que la sustenta se rebelará el filósofo ateniense.

## 1.2. LAS CRÍTICAS DE PLATÓN A LA TRADICIÓN POÉTICA

Los comentarios de Platón sobre la poesía están diseminados a lo largo de toda su obra, desde la temprana *Apología de Sócrates*, texto que desde el punto de vista *filosófico* puede ser considerado su primera obra, hasta las *Leyes*, obra cuya conclusión parece haber coincidido con la muerte del filósofo.<sup>9</sup> Al investigar la naturaleza de la poesía, Platón destaca dos aspectos fundamentales: su origen externo, en cuanto dependiente de la inspiración divina o *enthousiasmós*, y su naturaleza imitativa o mimética.<sup>10</sup> El hecho de que ambas cuestiones sean ampliamente tratadas en diversas ocasiones a lo largo de los diálogos permite acercarnos a

<sup>9</sup> Todos los comentarios sobre la poesía contenidos en la obra de Platón están reunidos en el muy documentado trabajo de Vicaire (1960). Las principales líneas interpretativas sobre la relación de Platón con la poesía desarrolladas en los siglos XIX y XX han sido comentadas por Isnardi Parente (1974: II, 696-713). Un breve y valioso comentario a los estudios clásicos del siglo XX sobre esta cuestión puede consultarse también Giuliano (2005: 5-17).

<sup>10</sup> Sobre la inspiración divina o *enthousiasmós* en Platón, el trabajo de Tigerstedt (1969) sigue siendo la referencia principal. Sobre la inspiración poética en la literatura griega anterior a Platón puede consultarse Tigerstedt (1970), Murray (1981) y Velardi (1989). En castellano, contamos con el trabajo clásico de Gil (1966). En cuanto a la imitación en Platón, de entre la enorme literatura existente, cabe señalar los trabajos clásicos de Tate (1928 y 1932) y los valiosos trabajos recientes de Nehamas (1982), Else (1986), Belfiore (1983 y 1984), Halliwell (1988 y 2002) y Moss (2007). Una puesta al día sobre el estado de la cuestión en ambos temas se encuentra en Giuliano (2005), excepcional trabajo que fue publicado tras el prematuro fallecimiento de su autor, hecho que explica algunas deficiencias menores en la edición.